

SOBRE LA POLITICA EDUCATIVA INDIGENA.

I

EN estos momentos en que las preocupaciones de política colonial se centran, aparentemente, en dos actividades, la económica y la cultural, es oportuno examinar el balance de la actuación española en este último aspecto. Un libro de reciente publicación, *Historia de la Acción Cultural en Guinea Española*, nos va a suministrar a tal fin los datos básicos. Interesa, inicialmente, advertir que el autor del libro, don Heriberto R. Alvarez, ha desempeñado durante un largo período el cargo de Inspector de Enseñanza en la Colonia, y el material que maneja es, en casi su totalidad, producto de su personal elaboración y obtenido de su contacto directo con el medio de que se ocupa.

Recoge el señor Alvarez toda la serie de disposiciones legislativas que jalonan el esfuerzo de nuestra política colonial para la elevación cultural del indígena. Desde la inicial actuación, primordialmente misional, en los años centrales del pasado siglo, hasta el Estatuto de Enseñanza de 6 de agosto de 1943 y reglamentos y circulares complementarias, queda bien patente, en minuciosa exposición, que entre las múltiples preocupaciones que toda actuación colonial envuelve, la de hacer accesibles al indígena los principios que informan nuestra cultura ha sido sostenida en un plano muy destacado. Como resultado de esta continuada y creciente actuación nos da la siguiente cifra: En la Isla, el censo escolar supera en un 23 por 100 el número de niños en edad escolar nativos de Fernando Poo, pues se atiende también a la educación de los procedentes de las colonias vecinas que tienen en la Isla su residencia provisional. En el Continente la cifra de población escolar alcanza el 62,4 por 100 del total de la población en edad escolar. Cifras destacadamente superiores a las que nos ofrecen las restantes colonias europeas en Africa-

(El señor Alvarez incluye en su libro interesantes datos comparativos a este respecto.)

Pero la parte más interesante del libro, y la que ofrece base para este comentario, es la recogida bajo el epígrafe «Conclusiones. Un programa para el futuro», en que el autor resume sus experiencias y opiniones en materia de enseñanza colonial. En siete puntos quedan éstas concretadas. Dice el primero:

«Todas las razas humanas, como descendientes de un mismo tronco, son iguales en sus facultades psíquicas congénitas, siendo, por tanto, aptas para absorber y desarrollar el más alto grado de educación y cultura.»

En la base del problema de la enseñanza, como de todo problema colonial, está la cuestión de la capacidad racial del negro. Que puede ser considerada en relación a dos puntos de vista: posibilidades del negro en cuanto a su propio desenvolvimiento, como creador de formas culturales con arreglo a su peculiar modo de ser, bajo el estímulo de una cultura extraña. Y posibilidades en cuanto a su adaptación a los supuestos culturales impuestos por el pueblo dominante.

En el primer caso se encuentran los círculos de vida indígena que viven aun dentro de sus creencias tradicionales, y a los que la influencia externa llega indirecta y amortiguada. Pero el impulso progresivo de la actividad colonial, con sus exigencias crecientes, no se acomoda al lento esfuerzo de adaptación que una evolución sin rupturas de continuidad había de exigir. Y, teniendo en cuenta el planteamiento actual de los factores conjugados, es muy probable que la posibilidad de desenvolvimiento del negro africano en sus propias esencias dentro de muy poco tiempo sólo en un plano teórico puede ser planteado.

En cuanto a la validez de nuestras formas culturales para reordenar la vida del negro, supuesta la desintegración inicial de sus formas tradicionales de existencia, es cuestión en la que sólo conjeturas podemos elaborar. Las experiencias hasta ahora realizadas no presentan en verdad aspecto muy prometedor, pero hay que tener en cuenta que desde el punto de vista de la vida colonial aun no hemos superado el primer período inevitable de subversión de las formas tradicionales. Estas, con una capacidad imperativa más o menos atenuada según la cohesión inicial y la potencialidad e inmediatez del elemento colonizado, continúan manteniendo su coacción, incluso so-

bre los indígenas que se creen adscritos a las nuevas formas, cuyo imperativo se presenta por esto con carácter muy atenuado. Cuando esta fase de transición inicial haya sido superada —si es que lo es alguna vez— es indudable que la sociedad negra buscará nuevas formas de equilibrio dentro ya de los nuevos supuestos.

Nos parece, pues, muy aventurada, y desde luego innecesaria, la declaración del punto inicial de los nueve en que el autor concreta sus conclusiones, resumen previo a los puntos programáticos base de las tareas futuras. Declaración que complementa y aclara en el segundo y tercer punto en que afirma: «La diferenciación cultural que se aprecia, sin duda alguna, en los diversos grupos raciales, no es consecuencia de una superioridad o inferioridad específica de algunos de ellos, sino que se debe a circunstancias exteriores de muy diversos tipos que favorecen o dificultan, en cada caso, un desarrollo cultural armónico y común a todos», y «Los medios ambientales que modifican los caracteres físicos y somáticos de las distintas agrupaciones étnicas no son en su totalidad inmutables, sino que pueden sufrir modificaciones importantes en beneficio del mejoramiento cultural de los grupos que en ellos se desenvuelven». En las previas consideraciones teóricas que preceden al enunciado de los puntos se lee afirmación tan interesante como la que a continuación transcribo y que desde luego completa la armazón ideológica en que basa sus postulados. «La herencia es otro factor determinante en la variación de diversos tipos humanos. Múltiples son los casos que confirman esta ley biológica mediante la cual los individuos tienden a perpetuar en sus descendientes, no sólo los caracteres específicos, sino también otros en que tienen influencia directa las condiciones exteriores o medios.» Es lástima, aunque esto, claro es, rebasa los propósitos iniciales, que el autor no concrete los múltiples casos confirmativos de la transmisibilidad hereditaria de los caracteres adquiridos, pues aparte de lo que significaría en la gran polémica contemporánea esta aportación desinteresada a la tesis genética lysenkiana (apoyo espontáneo, ajeno a los medios de convicción habitualmente utilizados sobre sus secuaces), implica una radical posición en cuanto a la determinación de los métodos pedagógicos en relación con la incorporación a nuestra cultura de las razas ajenas a su ámbito inicial. Y daría una sólida base a la futura política reguladora de las relaciones interraciales.

Afortunadamente estos principios, que acaso se resientan de un cierto aire de irresponsabilidad científica, apenas si tienen repercusión en la concreta enunciación de los puntos en que basar la actuación práctica. Aquí el autor, en contacto con la realidad auténtica pisa terreno más firme. El respaldo teórico en que ha querido buscar enraizamiento científico se resuelve en cierta retórica decorativa, muy al uso en los habituales de semejantes problemas.

Se ha intentado una enseñanza indígena que, en líneas generales, no ha sido más que un pálido reflejo o calco de la enseñanza metropolitana. Todo en relación con las materias tratadas cuanto al espíritu que le informa. Se trata de una enseñanza complementaria. Mientras que el niño europeo se forma moralmente en el seno del hogar —¡y ay de donde así no suceda!— y su futuro desenvolvimiento está condicionado por esta formación y por la coacción social de la opinión. Y la escuela y los sucesivos centros de enseñanza por que pasa, sólo significan un complemento, un enriquecimiento de su personalidad por una serie de conocimientos más o menos auténticamente incorporados, pero que, si la inicial formación hogareña ha sido sólida, no han de influir más que de una manera episódica en el desenvolvimiento moral ulterior, sobre el que siempre gravitará esa coacción social propia del medio en que se desenvuelve.

No ocurre así en la sociedad indígena. Las agrupaciones consanguíneas en que el individuo quedaba estrechamente encajado presentan signos notorios de desintegración. Las bases morales de la convivencia tradicional —presididas por un enraizadísimo sentido de la equidad— han perdido consistencia y las normas en que se concretaba mantienen una vigencia muy amortiguada. Es el inevitable proceso de una cultura cerrada e inerte bajo la acometida de otra dinámica. Como no es uniforme la intensidad del contrato y es variable la permeabilidad del sujeto recipiente, se pueden considerar distintos grados de desintegración fácilmente referibles a las distintas generaciones. La ordenación clasista por edades propia de los círculos consanguíneos es terreno propicio para la pugna entre generaciones. Al intensificar la acción cultural las nuevas generaciones, surgidas ya en un medio en que la imposición familiar ha perdido su intensidad originaria a causa del mero hecho de la presencia de una cultura extranjera, reciben esta enseñanza europeizante que, al entrar en conflicto con los principios tradicionales y venir prestigiadas por la superio-

ridad del grupo dominante, agrava considerablemente la ruptura con el círculo originario. La función de complemento que asume la enseñanza europea, cambia aquí radicalmente de signo. Pues no se trata aquí de una educación complementaria, sino del intento de incorporación al indígena de unos principios culturales cuyas bases están en radical contradicción con la que determinan la manera de vivir en el círculo originario. Se produce, pues, una aceleración del impulso desintegrador, y la fisura que separa las generaciones tiende a profundizarse.

Ahora bien. El proceso de desintegración de la cultura indígena es inevitable. No creo de viabilidad práctica ninguna fórmula que pretenda arbitrar soluciones a base de una incorporación paulatina de nuestros principios a la vida indígena tradicional. La progresiva intensificación de la acción europea en los países negroafricanos, cada vez más condicionada por imperativos de índole económica, no deja apenas resquicio de esperanza a este respecto. Hay que partir, pues, de este hecho fundamental: que el equilibrio de convivencia en que se desenvuelve la vida tradicional del negro africano ha sido rota y que todo intento de retorno es empeño inútil. La tendencia, cada vez más acentuada, hacia una total interrelación entre los distintos componentes humanos del globo terráqueo —consecuencia en gran parte de la creciente necesidad de explotación económica total— es incompatible con la segregación de una gran área para conservación, en su jugo, del núcleo de cultura negroafricana.

De aquí la principal misión de toda acción cultural sobre el medio negroafricano: impulsar el reordenamiento de la vida del indígena sobre las nuevas bases que nuestra cultura aporte, adaptándose siempre a las peculiaridades raciales y al medio en que se desenvuelven. Claro es que no es ésta exclusiva misión de los órganos específicos de la actuación cultural. Pero a éstos les está reservado en ello un papel de primordial importancia, y su adecuada coordinación con los restantes organismos es condición necesaria para el éxito de la empresa.

«Pretender trasplantar una cultura o, mejor dicho, la manera propia de ser de un pueblo europeo, a otro establecido en un área geográfica de características distintas y aun divergentes es, a nuestro entender, no imposible, pero sí completamente innecesaria. Imprimir esencias culturales, injertar éstas en un medio humano pobre y es-

«caso de conocimientos y posibilidades, es lo prudente y lo preciso para que, asistido por ellas, pueda crear éste su propia cultura, que, sin desequilibrar el orden natural, pueda sostenerla y fundamentarla en los principios generales que son comunes a todas las razas de la tierra.» Si desbrozamos los párrafos anteriores de su discutible adietamiento retórico, encontramos que aquí, como siempre que se aproxima a la realidad, pisa el autor terreno más firme. Tenemos ya planteadas las premisas que nos han de conducir a la formulación de un programa de política indígena educacional. No descoyuntar la línea natural de la propia evolución indígena y prescindir de todo empeño de modelar al pueblo colonizado con arreglo a la «manera de ser» del colonizador. Y concretando más, al tratar de la función de la enseñanza primaria consigna el autor que ésta ha de conducir «a la transformación total del pueblo indígena, para cuyo fin se le otorga el doble carácter instructivo y educativo. Al arraigo de los individuos en su medio geográfico, dotándoles de los recursos y conocimientos necesarios a su futuro postescolar. A la iniciación del alumno en la práctica de la agricultura y oficios manuales más comunes al ambiente natural del mismo.» Y en el mismo sentido, la enseñanza primaria, la enseñanza profesional y la enseñanza superior indígena.

Hemos dejado para el final un aspecto de la actuación educadora que encierra en sí la clave de toda la cuestión: es el aspecto religioso.

Glosando unas acertadísimas palabras del entonces Gobernador general señor Bonelli, dice el autor: «Nada podrá conseguirse con dotarles de unos conceptos culturales más o menos extensos...: esto sería bien poco, casi nada, tratándose de la educación integral de un pueblo; se hace preciso, además y principalmente, capacitar a la masa negra para recibir, con plena conciencia, los principios morales, religiosos y sociales que, en definitiva, son los que dan categoría permanente a la civilización de los hombres». Efectivamente. Pretender que el negro reordene su convivencia conforme a ciertas fórmulas extraídas de las formas culturales periféricas que el hecho colonial pone en contacto con el mundo indígena, es empresa condenada de antemano al fracaso. Sin una esencia religiosa que les dé contenido moral, una acomodación de la sociedad indígena a moldes europeos podría acaso producir en mimética conformación, un simulacro de sociedad europeizante cuya viabilidad dependería del permanente apuntalamiento en cuadrado del elemento blanco dominante. Apuntalamien-

to que exigiera una extrema y continua aplicación de métodos físicos de coacción.

La formación religiosa del pueblo colonizado es, pues, el principal entre los muchos deberes que entraña toda actuación colonizadora.

Toda el Africa negra se resiente del hecho de que el período inicial de la colonización —en el que aún en gran parte nos encontramos— coincidiera con una subestimación ideológica de los supuestos religiosos. La acción de gobierno, a través de sus múltiples órganos de colonización, se apoyaba en bases distintas, cuando no contradictorias, a las de la actuación misional, que era considerada con indiferencia y hasta, muy frecuentemente, con hostilidad. Esta dualidad de supuestos conformadores contribuye a dar a la nueva sociedad negra esa peculiar sensación de inestabilidad, cuyas graves consecuencias se están ahora empezando a sufrir.

Es ahora, ante el reconocido fracaso en bloque de los métodos colonizadores utilizados —condicionados siempre por el sucesivo encadenamiento de las ideologías dominantes—, cuando empieza a reconocerse a la educación religiosa el puesto primordial que en la reordenación colonial de la sociedad indígena le corresponde. Hay que registrar en el sentir de los medios coloniales de cierta sensibilidad un radical desplazamiento del centro de gravedad de la política indígena, referido ahora a la consecución de un bien arraigado núcleo de convicciones religiosas, que sustituyan satisfactoriamente los viejos principios ordenadores de la tradicional sociedad indígena. Y a este desplazamiento del centro de gravedad de la responsabilidad colonial, a esta elevación del misionero a la primera jerarquía en la labor reordenadora, responde éste preparándose adecuadamente para asumir la responsabilidad de que se siente investido y de la que en algunos lugares está ya tocando las primeras consecuencias prácticas. Como primera manifestación de este recrudecimiento de la actividad misional, bajo el estímulo de las actuales exigencias, tenemos ya una serie de obras sobre los variados aspectos que la actuación misional entraña, índice revelador de la gran altura que ha alcanzado la preparación intelectual de algunos misioneros.

Esta creciente preparación intelectual, unida al continuado entusiasmo que tradicionalmente incorpora a la realización de su cometido, hace que en la actuación de éstos veamos las únicas posibilidades que, dentro del sombrío panorama actual, presenta el Africa negra.

en el sentido de sustraerse a la progresiva proletarización de que, como consecuencia de identificar la colonización como empresa económica, se ve fuertemente amenazada.

Refiriéndonos concretamente a la circunstancia colonial de la Guineá Española, encontramos que la habitual discrepancia de directrices entre la acción de gobierno y la misional quedó superada hace más de un decenio recuperando la línea tradicional de la política colonial española. La identificación de objetivos entre ambas actuaciones es uno de los factores que más hay que tener en cuenta al considerar la relativa situación de sosiego existente, en contraste con el panorama de turbulencias y trastornos habituales en el mundo colonial contemporáneo. Pero es indudable que la sociedad indígena no acaba de encontrar las bases que hagan esperar una conveniente reestructuración. En esta labor de cimentación corresponde a la escuela un cometido de destacadísima trascendencia, dentro siempre de las directrices apuntadas por el señor Alvarez últimamente transcritas. Ahora bien: la principal labor educativa consiste en dotar al indígena de un entramado de convicciones religiosas en que encaje su innato sentido moral, y a esta obra formativa están subordinados los restantes logros de inculturación. ¿Por qué, entonces, no confiar la enseñanza elemental en su totalidad a los órganos misionales, indudablemente los más capacitados para la realización de este cometido? La Misión ya ha dado pruebas concluyentes de sus posibilidades en materia de enseñanza. Sus escuelas se extienden por toda el área colonial y constituyen en la selva una avanzada de la posterior actuación de la enseñanza oficial, que siempre inicia sus actividades sobre terreno desbrozado. Algunas objeciones pueden hacerse a esta sugestión, sobre todo en relación con la circunstancia concreta de nuestra colonia. Ahora bien, en este caso hemos de tener en cuenta la penuria de medios en que la Misión ha desenvuelto sus actividades.

Si la enseñanza elemental le fuera asignada, tendríamos como consecuencia inmediata:

1.º Que los medios a su alcance estuvieran más en consonancia con las necesidades que el desenvolvimiento del cometido exigiera.

2.º Que los imperativos de la nueva situación habrían de implicar un cierto acuciamiento del sentido de la propia responsabilidad y, como consecuencia, una mayor adecuación del personal al cometido asignado.

LUIS TRUJEDA INCERA

CRONICAS

